

ESPIRITUALES ESPAÑOLES

por BALDOMERO JIMENEZ DUQUE

La historia de la espiritualidad en España —no digo «española», porque me parece un término incierto si no falso— se va poco a poco haciendo. ¿Estará hecha alguna vez? Porque todos soñamos con una síntesis abstracta a poco menos. (¡A los occidentales grecorromanos nos puede la manía de la dialéctica!). Pero una síntesis en estos dominios de la vida ¿es siquiera pensable?... Porque se trata de la vida humana irrepetible y cambiante en cada caso, pero además intervenida por el elemento libérrimo e inaprensible de las gracias sobrenaturales divinas. Sin embargo, algunas notas emergentes pueden señalarse en el curso de las «civilizaciones», y hasta detectar algunas constantes de ese fondo más hondo y vitalmente plástico de la «cultura», de la sensibilidad mental y de la proyección vital de un pueblo, en nuestro caso el español. (Habría también que entender esto de español en sentido amplio y multiforme —el «hispano» de la edad media— que incluye a las diversas regiones y naciones de la península, muy diferentes entre si). Historia de la vida religiosa intensamente vivida, de la doctrina en que se apoya, del «sentimiento religioso», de la «piedad», de las obras e instituciones en que se traduce, de la literatura, de la vida social... Historia que ambiciosamente lo abarque todo...

El hecho es que esa historia lentamente se va haciendo. Desde las síntesis, ciertamente imperfectas pero gigantescas para un solo hombre y en aquellos tiempos, de Menéndez Pelayo, hasta hoy, se ha hecho muchísimo. Pero queda mucho más por hacer. Cada puerta que se abre nos presenta otro pasillo de puertas, o al menos de rincones con precisiones y detalles nuevos, que exigen corregir tópicos y afirmaciones rotundas, que los datos positivos contradicen o matizan al menos.

Queda mucho por hacer... Desde los mártires de la hora romana, desde el ascetismo del Concilio de Elvira, y sobre todo desde el movimiento «Salmanticensis», 10 (1963).

que provoca el obispo abulense Prisciliano —la primera figura ascética y mística de categoría en nuestra espiritualidad— hasta la floración exuberante —y casi menospreciada todavía— del siglo XIX, el recorrido es inmenso. Cierto que nuestra patristica es pobre. Y nuestra edad media vive obsesionada por la reconquista, y poco más. Sin embargo la aportación hispánica ya ofrece por entonces dos genios universales: Sto. Domingo con sus «predicadores», y Ramón Lull con sus intuiciones audaces e inclasificables... Luego el siglo XV es la época de los pioneros, de las reformas incipientes, de la alborada de tiempos nuevos. El siglo XVI es la gran eclosión. La fronda es entonces inmensa; las corrientes múltiples y entrecruzadas. Es una hora de crisis cultural (y por ende, religiosa) inmensa. Hora de inevitable confusionismo, de ininteligencia, de tensiones terribles. Pero la «furia» española, es decir, la vitalidad incontenible, —consecuencia de la reconquista terminada— se desahoga en conquistas indianas y en guerras europeas, y espiritualmente en ascetismo a ultranza y en mística llameante, y en acción misionera émula de titanes. Es el momento histórico más complejo y más difícil de estudiar, y no digamos de clasificar. La literatura espiritual es turgente a partir de la segunda mitad del XVI y deviene después hasta enfadosa. Las aportaciones más ecuménicas de la España de entonces serán S. Ignacio y su obra, y la espiritualidad teresiano-sanjuanista. Después, los siglos XVII y XVIII serán epigonales, repetidos, poco originales. Las tendencias anteriores de piedad individualista y subjetivista se acentúan hasta su expresión suprema con el quietismo molinosista. El formalismo se hace rígido hasta el colmo. Y el maravillosismo, que venía rodando desde la edad media, y que en el XVI es algo ya sencillamente morboso, llega hasta el extremo de la superstición y del ridículo. La «ilustración» es de momento asunto únicamente de intelectuales. La época contemporánea, luego de los esfuerzos débiles pero numerosos e interesantes del XIX, presentará perspectivas grandemente esperanzadoras (las que hoy vivimos) de renovación, de trabajo, de madurez en todos los aspectos espirituales. España por lo pronto ha entregado al mundo cristiano otro nuevo valioso instrumento de acción: los «institutos seculares», que aquí tienen origen con el Opus Dei.

Repitámoslo, la síntesis histórica de la espiritualidad en España es aún algo lejano, si es que ella es en definitiva posible. Pero los estudios parciales, las monografías sobre personajes, sobre corrientes y escuelas, sobre instituciones, sobre el ambiente en general desde perspectivas parciales (tal la de Bataillon desde el erasmismo), se van multiplicando. Y ese es el camino hacedero, y fecundo: ir, con seriedad documental y crítica, escribiendo esos capitulos, más o menos sueltos o más o menos hilvanados, que tejerán a la larga el cañamazo de nuestra historia espiritual. Mucho se está haciendo en lo que va de siglo. Hace unos lustros podíamos

conocer mejor la espiritualidad de Francia en el siglo XVII que la nuestra en esa época clave que va del siglo XV al XVII. Hoy, esto es ya más que discutible, gracias a Dios y a algunos hombres beneméritos y competentes. Y el ritmo va en auge.

He aquí, entre los esfuerzos admirables que se están haciendo en ese sentido, la colección de *Espirituales Españoles*, que el editor D. Juan Flors (Barcelona) ha lanzado a la calle, por iniciativa y bajo la dirección del profesor Sala Balust y del publicista y académico Sáinz Rodríguez, nombres consagrados y egregios, especialistas y técnicos cien por cien en estos dominios, cuya presentación y elogios serían casi injuriosos por innecesarios. Patrocina la colección el «Centro de estudios de espiritualidad» de la Universidad Pontificia de Salamanca. La empresa es digna de todo aplauso por lo que supone de preciosa aportación a estos estudios de la espiritualidad, y hasta por lo que significa de arriesgada humana y económicamente hablando. Y sin embargo, a la vista de los doce primeros tomos publicados hay ya que cantar victoria, pues la aceptación ha sido calurosa, y sobre todo la positiva valía del material entregado es, en ese orden cultural que se pretendía, un hecho evidente y magnífico.

Se quiere con esta colección ofrecer una serie de documentos interesantes, que puedan servir de jalones para el estudio después de conjunto. Son textos, o inéditos totalmente, o, si publicados antes, hoy raros y prácticamente inaccesibles. Algunos serán particularmente representativos, claves a lo mejor para explicar ciertas actitudes y hasta amplias corrientes de pensamiento o de acción, a pesar de no haber sido quizá demasiado conocidos o publicados nunca y de apenas haber sido valorados en las historias al uso. Otros serán menos importantes y trascendentes en sí mismos, pero como detalle, como adorno, pueden servir para ilustrar rincones y facetas del ambiente espiritual de su tiempo.

Todos ellos vienen presentados con introducciones y notas de los mejores especialistas actuales sobre los autores de que se trate. La colección constituye así un instrumento de trabajo imprescindible para todos los historiadores de mañana, y una serie de trabajos orientadores, muchos hasta definitivos, para esa historia completa que deseáramos todos poder pronto gustar...

La misma presentación externa, en formato pequeño, 11 x 17, elegante y fácilmente portable, así como la nítida impresión, la variedad de tipos de letras, la técnica rigurosamente científica con que se dan los textos y las citas (sin ser estrictamente adiciones críticas), etc., son un verdadero acierto, que hacen honor al editor y a los directores de la colección.

Hago a continuación una breve información crítica de cada uno de

los doce primeros volúmenes publicados, advirtiendo que otros varios están a punto de salir, y otros muchos en perspectiva y en preparación.

(Está anunciada otra serie de volúmenes —aún no ha aparecido ninguno— titulada *Lecturas*, en la que se recogerán, no textos de espirituales españoles, sino de autores extranjeros que se leyeron en la España del xvi principalmente, y según las ediciones que circularon entonces. Es un material interesante para conocer las fuentes e influencias que padecieron nuestros espirituales).

I

FR. LUIS DE ALARCON, O. S. A., *Camino del cielo. Y de la maldad y ceguera del mundo*; edición y prólogo de Angel Custodio Vega, O. S. A., 1959. VII-290 pp.

Luis de Alarcón, O. S. A., es poco conocido. Apenas tenemos datos concretos de su vida. Aparece como un agustino celoso, empeñado en la reforma de su Orden en España en el siglo xvi. Pero todo son nebulosas y conjeturas a su alrededor. Quizá el día que tengamos una historia documentada de la Orden de S. Agustín en España, pueda precisarse mejor la figura de Luis de Alarcón. El hecho es que con su nombre aparece en Alcalá, 1547, y luego en Granada, 1550, una obrita: *Camino del cielo* que nos era hoy prácticamente desconocida. Los ejemplares que quedan de la misma son rarísimos.

La obra es interesante porque aparece en ese momento crucial de transición entre el clima más libre e irénico para la espiritualidad de la primera mitad del siglo y de la actitud más rígida y definida de la segunda. La obrita no es por otra parte peligrosa; es más bien inofensiva. El autor la divide en tres partes, que responden a las tres primeras de la cuatripartita división que se repite por los autores espirituales de la edad media, en especial cartujos y cistercienses: lección, meditación, oración. La cuarta: contemplación, no es tocada por nuestro autor. ¿Es un reflejo de las inquietudes que ya entonces se dibujaban en el horizonte espiritual español? Poco antes su hermano de hábito, Sto. Tomás de Villanueva sí que lo había hecho. Y Bernabé de Palma, O. F. M., en su célebre *Via Spiritus*, a quien utiliza nuestro autor, era más atrevido, como igualmente el Bto. Alonso de Orozco, con quien tuvo que relacionarse más de una vez dentro de su común Orden. Más bien que por miedo, por lo tanto, cabría pensar que su sobriedad y sencillez se deban a una intención práctica, de utilidad popular, para todos.

A pesar de ello, y de su estilo fácil, sabroso y seguro, la obra no tuvo

mucha resonancia. La misma abundancia que por entonces comienza de tratados sobre el tema de la oración, quizá lo explique. La oración privada, personal, íntima, es el gran secreto de la espiritualidad individualista y subjetiva de aquella época. Alarcón es uno de los muchos que con sus escritos contribuyeron a fomentarlo. Las medidas restrictivas de la Inquisición, que pronto se harán más enérgicas y severas, fueron frenazos violentos que en parte aumentaron la avidez por lo que se decía peligroso.

La presente edición se hace según la de Alcalá cotejada y corregida por la de Granada. Y ha sido cuidada por el P. A. C. Vega, O. S. A., académico de la Historia, cuyo prestigio como patrólogo e historiador es universal e indiscutible. El mismo P., en unas páginas apretadas y serenas de prólogo, nos presenta al autor y a la obra. Le defiende de acusaciones recientes que se le habían hecho, y nos pone en la pista, en lo posible, de la problemática en torno al mismo. La Orden de San Agustín en España tiene aquí un capítulo de no pequeño interés para la historia gloriosísima de su contribución a la historia de la espiritualidad.

II

FR. AGUSTIN SALUCIO, O. P., *Avisos para los Predicadores del Santo Evangelio*; Estudio preliminar, edición y apéndices por Alvaro Huerga, O. P. 1959; VIII-366 pp.

Los teresianistas nos habíamos encontrado más de una vez con la carta de 4 de julio de 1578, escrita por la Santa desde Avila a Maria de San José, priora del Carmelo de Sevilla (es la 233 de la edic. Silverio), en la que aquélla pedía a ésta «un año entero de sermones del P. Salucio», encargo que le han hecho a ella con cierto misterio. Probablemente algún clérigo o religioso amigo que, conociendo la valía de los sermones del dominico andaluz, desearía una copia de los mismos para aprovecharse de ellos en sus predicaciones. La cita teresiana nos abría el apetito de saber y leer algo del autor citado.

El P. A. Huerga, O. P., nos proporciona en este volumen una respuesta inicial. Y digo inicial porque lo aquí publicado nos convida a desear que se publicasen algunos (o mejor, todos) los sermones que se conservan de Salucio. En un estudio preliminar de 126 páginas el P. Huerga, con su competencia de historiador y su gracia meridional de estilo, nos ofrece lo que hoy puede saberse acerca de la vida y los escritos de Salucio, y hace un estudio crítico de su doctrina y de sus cualidades de escritor y predicador.

A continuación se editan sus *Avisos...*, un tratado sobre la elocuen-

cia sagrada, inéditos hasta ahora, y se acompañan, en apéndice, de tres sermones del mismo, como muestra de la manera que él mismo tenía de aplicar sus enseñanzas.

Agustín Salucio es de Jerez de la Frontera (1523). Allí mismo se hace dominico. Y después de sus años de formación en Palma de Río, Córdoba y Valladolid, y de rodar por cátedras, púlpitos y prioratos, viene a morir en Córdoba en 1601. Gozó de justa fama de docto, de elocuente y de virtuoso de verdad. Su prestigio principal estuvo en la oratoria sacra. No en vano fue discípulo en ella de Luis de Granada, y recibió la influencia también del Bto. Avila. La segunda parte del siglo xvi contempla en España una afloración sana de la predicación, y, aunque se va haciendo preceptista (el «método» en todo es algo que se impone por entonces), y con una tendencia excesivamente moralizante, tiene todavía sin embargo jugo espléndido de fuerza evangélica y de sencillez expresiva, al menos en las grandes figuras que mejor la cultivaron. Es un capítulo de la historia de la espiritualidad española, que, aunque más o menos iniciado, aún necesita muchos complementos y exposiciones amplias de conjunto. Después, el barroco la hará pronto degenerar escandalosamente.

Pues bien, Salucio está entre los mejores. Sus *Avisos* son preciosos de sensatez y de equilibrio. Y llenos de aquella orientación a que aludíamos: el título mismo es sugestivo... para los predicadores del *Santo Evangelio*. Y su castellano es sobrio y fluido, sazonado de anécdotas y comparaciones graciosas y oportunas, de un sabor netamente andaluz. Se lee con mucho gusto, a pesar de la distancia de los tiempos. La obra se divide en tres partes, después de una introducción, teológicamente muy interesante, acerca de la predicación y la profecía es decir, de cómo el orador sagrado debe ser siempre profético en el sentido de que el aliento profético del Señor pasa por él y utiliza su personal esfuerzo y preparación. La primera parte habla del tema o materia de los sermones; la segunda, de cómo debe ser la predicación; la tercera, de qué manera se ha de predicar (de la fábrica o modo de hacer el sermón, y del modo de predicarle).

Por lo que dice en sus *Avisos* y por lo que demuestran los tres sermones aquí con ello editados, entran ganas, como antes indicaba, de poder conocer más de éstos. Dos manuscritos con colecciones de los mismos se conservan: uno en el Escorial y otro en el Patriarca de Valencia. Algunas de estas colecciones serían las que pedía con tanto interés Santa Teresa.

Algunas otras pocas obras se conservan de nuestro autor. Una ya publicada en vida del mismo Salucio, en 1600, pero clandestinamente, acerca de los famosos *estatutos de limpieza de sangre*, contra los cuales reacciona. Es una pieza que no puede olvidarse al hacerse la historia y el

juicio de aquella medida racial, tan molesta y desagradable, que sacudió a España en sus mismas entrañas a lo largo de todo aquel tremendo siglo xvi.

Agradecemos al P. Huerga lo que nos ha dado sobre Salucio, Granada, Valtanás, etc., y le pedimos que nos siga dando más y más.

III

FR. JUAN FALCONI, O. de M., *Camino derecho para el cielo*; edición e introducción de E. Gómez, O. de M.; 1960; XII-322 pp.

Juan Falconi es la figura más importante de la espiritualidad española del siglo xvii. La afirmación que hago podrá parecer exagerada a algunos. Pero en conjunto la estimo verdadera, pues Falconi centra en sus días uno de los focos de la espiritualidad de la península, que es por entonces Madrid. La vida cultural en general se intensifica en la recién capital de España con una necesidad de brinco inicial. Los espirituales abundan también en ella. Y Falconi es uno de sus principales directores y maestros. Y tiene pluma fácil y serena y ungida. Su castellano no es decadente todavía. Y su erudición y su piedad son contagiosas. Quiere decir, que su influencia se prolongó largamente después de morir. Tanto... que hasta se abusó de algunas de sus enseñanzas, y la crisis quietista hizo fijarse en él a amigos y enemigos de aquel movimiento, comprometiendo el recuerdo de aquel hombre santo. Porque en achaques de oración (oración entendida como cultivo interior de la fe y de la caridad y la esperanza, pero en un plan psicológico de sabor contemplativo: recogimiento, silencio interior, tiempo de ejercicio mental y afectivo, para llegar a una contemplación más o menos sencilla y prolongada...) en esta práctica de la oración es donde radica el fuerte de la espiritualidad y escritos falconianos. Muy a tono con la sensibilidad espiritual de la época. Digamos desde luego que su doctrina es ortodoxa, aunque algunas de sus expresiones —sobre todo fuera de su contexto— sean límites, y se presten en una hora de sospechas a interpretaciones maliciosas. Otros muchos espirituales segurísimos lo padecieron también, empezando por San Juan de la Cruz. Hasta cierto punto, ¿no era inevitable que se llegase a ciertas consecuencias exageradas o inexactas en toda aquella fuertísima corriente de subjetivismo religioso, que desde la «devotio moderna» atraviesa todo el xvi y desemboca en el «quietismo»?

Pero digamos una palabra de presentación más concreta del autor de este tratado, y de su egregio editor.

Juan de Falconi es de Fíñana (Almería). Allí nace en 1596. Un ingenio

andaluz más entre millares. En Madrid, 1611, se hace mercedario. La Merced florece entonces gloriosamente de múltiples maneras. Después de sus estudios (Burceña, Salamanca), de explicar en Alcalá, etc., queda sus últimos años en Madrid, donde será uno de los directores más buscados, dedicándose con toda su alma a su santificación y la de sus dirigidos. Muere allí en 1638, relativamente joven, en olor de santidad.

Sus escritos son todos de espiritualidad, aunque algunos tratados tengan un corte y una hondura teológica muy acentuada. Es que Falconi era teólogo de cepa, aunque a la vez supiera —y éste es uno de sus grandes méritos— comunicar su doctrina con una adaptación verdaderamente ejemplar. Aquí no vamos a hacer un elenco de los mismos. *La vida de Dios* (delicioso), *El pan nuestro de cada día* (sobre la comunión frecuente y aún diaria), *Las Castillas* (sobre la oración, su fuerte), etc., etc....

El P. Elías Gómez, O. M., es el gran especialista sobre Falconi. Nos regaló hace unos años una monografía admirable sobre el mismo, y ha ido reeditando varias de sus obras, ya agotadas, en varias colecciones de por ahí. Aquí nos ofrece el *Camino derecho para el cielo*, conservado en un manuscrito de la B. Nacional de Madrid, y editado únicamente en 1873. Conforme a aquella edición, prescindiendo de añadiduras extrañas, lo edita ahora, el P. Gómez, que prueba en su introducción la paternidad falconiana del tratado, y hace un esquema de su contenido.

Digamos desde luego que esta obra es la más completa sobre el tema de la oración que salió de la pluma del venerable. El proemio es acerca de Jesucristo, clave de toda espiritualidad cristiana auténtica. El libro primero habla de la oración en resignación y fe, que es de carácter contemplativo (no podemos entrar en matices del pensamiento del autor, que el P. Gómez aquí precisa, así como en otros de sus trabajos sobre Falconi), para proseguir en los libros segundo y tercero desarrollando las modalidades diversas de la misma y el método práctico de haberse en ella, para terminar en el libro cuarto con asuntos varios de la vida espiritual.

El que quiera conocer la orientación que la espiritualidad toma en España en su atardecer dorado y abundoso después del mediodía del xvi, tiene que leer a Falconi. Es uno entre muchos. Pero no uno cualquiera. Es un exponente de lo bueno que llega a plena sazón, y de las tendencias en que quizá se empieza a insistir demasiado o un poco unilateralmente, hasta llegar después a una morbosa exageración en algunos aspectos, fenómeno típico en esa hora última y cansada de una gran cosecha que ya ha perdido frescura y vibración vital. Esta obra preciosa es todavía clásica, pero anuncia un agotamiento que se irá manifestando después en repeticiones insulsas y hasta en desviaciones más o menos de importancia práctica o doctrinal.

III

P. BALTASAR ALVAREZ, S. J., *Escritos espirituales*; Introducción biográfica y edición por Camilo M.^a Abad, S. J., y Faustino Boado, S. J.; 1961. X-740 pp.

El P. Baltasar Alvarez es célebre en la historia por su dirección espiritual de Santa Teresa, y por la biografía que de él escribió el P. Lapuente. En torno a él, o al menos ocupando en ella un lugar destacadísimo, puede tejerse la agitada historia de la cuestión de la oración en la Compañía de Jesús, en sus decenios primeros en España. ¡Qué problema tan de su tiempo! Hoy sería impensable. Alvarez, Nadal, Plaza, Cordeses, Borja, Mercurián... Hasta que después de Aquaviva las aguas se serenán, y se logra ese «compromiso» equilibrado que representan un Lapuente, un Alvarez de Paz, etc. La Compañía encuentra «su» fórmula, quizá un poco prefabricada e impuesta, pero que en general sirvió para mantener una recia espiritualidad, interior y apostólica a la vez, sin ahogar la indispensable libertad de cada espíritu, al menos después de estar formado y maduro. Es por consiguiente apasionante y curioso cuanto se haga por aclarar aquellos años revueltos y confusos. El P. B. Alvarez es uno de los que, sin querer, provocan el conflicto, y lo sacan a la luz del día, aunque él estaba latente más o menos en muchos estratos de la Compañía naciente. Otro que a su vez lo hará sonar con matices propios será el P. Cordeses.

El P. B. Alvarez no fue escritor de profesión. No publicó nada ni preparó nada con esa finalidad. Los escritos que nos quedan de él son documentos privados, que ya fueron en parte utilizados por Lapuente en su biografía. Pero, evidentemente, todos son del máximo interés, para conocer un poco las interioridades de aquel drama, en el cual él fue víctima. Por otra parte, dada su santidad indiscutible, y su influencia como director de almas selectas (Teresa de Jesús, María Díaz, Ana Reyes), y como formador de muchos jesuitas de aquellas generaciones primeras (maestro de novicios, rector, visitador...), conocer su espiritualidad cuidadosamente es de mucho interés, y servirá para explicar no pocas actitudes y medidas de después.

Por eso, este volumen de *Espirituales españoles* es para mí particularmente precioso. El P. Abad, que, con una dedición y un tesón admirables, viene, gastando su vida en la exhumación de textos relacionados con la espiritualidad de la Compañía en España en aquellos tiempos, y en la publicación de capítulos fundamentales de su historia (en especial acerca del P. Lapuente), nos da en este volumen la última palabra sobre Alvarez

y sus escritos. Le ha ayudado en esta tarea el P. Faustino Boado, S. J.

Primero una biografía sucinta pero documentada del mismo. Es cierto que la de Lapuente conserva todo su valor, pero una puesta al día según las exigencias actuales era necesaria. Esto ha querido y logrado plenamente el P. Abad.

Después ha recogido con cariño todas las partículas posibles de la producción escrita del venerable P. Alvarez. Primero las relaciones acerca de su modo de oración. Interesantísimas para el estudio del problema de fondo que se gestaba en torno a él y más lejos de él. La primera ya la insertó Lapuente en su biografía. La segunda es inédita, aunque incompleta. La tercera es la dirigida al P. Juan Suárez, y ya publicada en 1880 por el P. la Torre.

Siguen después los *Sentimientos espirituales* que insertó Lapuente en su libro, pues el documento o librito original no se conoce. Luego *diversos ejercicios espirituales*, según un manuscrito del Archivo S. J. de la provincia de Toledo. Son breves apuntes de meditaciones, y otras después desarrolladas. Los primeros son sin duda del P. Baltasar. Las segundas parecen serlo según todos los indicios. Ambas secciones son inéditas. A continuación se editan las *instrucciones y pláticas*, casi todas según los resúmenes y notas del P. Lapuente. Después *algunos avisos espirituales*, unos ya publicados y otros inéditos, según diversos manuscritos y códices. La variedad de fuentes demuestra la estima que se hacía en la Compañía de los consejos y enseñanzas del siervo de Dios.

A continuación se nos facilita un lote de 60 cartas del venerable. Las dirigidas por ejemplo, al Marqués de Velada son preciosas para conocer la fibra espiritual del personaje a quien se dirigen, que tuvo su influencia no pequeña en la España de Felipe III. Es lástima que no se nos diese de una vez el epistolario completo del P. Alvarez.

Finalmente se editan sus *pláticas y exposición de las Reglas*, que prolongan las enseñanzas de Nadal, y son un eslabón más de la cadena que define y precisa la espiritualidad propia de la Compañía.

Un tomo, repito, con el que los historiadores todos de la espiritualidad española tendrán imprescindiblemente que contar, mientras nuevas aportaciones más exhaustivas, si son posibles, en torno a Alvarez, se vengan a éstas a sumar.

V

VBLE. M. M.^a ANTONIA DE JESUS, O. C. D., *Edificio espiritual*; edición e introducción de Fr. Isidoro de San José, O. C. D.; 1961; X-308 pp.

El siglo XVIII es más bien pobre en espiritualidad en nuestra patria, y en la cristiandad en general. La crisis quietista, la «ilustración», el cansancio... todo contribuyó a la decadencia. Ciertamente que no faltan testigos de la corriente viva, inagotable: San José Oriol, Bto. Diego de Cádiz, grupo místico jesuítico en torno a Valladolid, Arbiol, etc. Entre las religiosas no dejan de darse también ejemplares más o menos escondidos de alta espiritualidad. Y algunas son hasta escritoras.

Es el caso de la Venerable M. María Antonia de Jesús, la fundadora del Carmelo de Santiago de Compostela. Nace en 1700 en El Penedo (Pontevedra). Casada, madre de familia, se hace carmelita en Alcalá de Henares en 1733, a la vez que su esposo tomaba el mismo hábito entre los varones. Después de varios avatares y peripecias logra la fundación de Santiago (1738). Luego de vivir en el ejercicio de las virtudes, y en el sufrimiento, moría santamente allí en 1760. Su vida es abundosa de fenómenos extraordinarios, cuya valoración queda a los teólogos y psicólogos de profesión.

Como escritora tenemos de ella su *Autobiografía*, el *Edificio espiritual*, y unas 200 cartas. Todo ello, fuera de algunos fragmentos incluidos en biografías o trabajos acerca de la venerable, estaba inédito.

Ahora el P. Isidoro de San José, O. C. D., nos entrega la segunda parte del *Edificio espiritual*. El P. Isidoro se ha acercado cariñosamente a estos escritos y al alma de su autora. Fueron objeto de su tesis doctoral. Quiere decir que está magníficamente preparado para hacer la presentación de los mismos, y para cuidar de su edición.

El *Edificio* consta de dos partes. En la primera se trata de las virtudes monásticas. En la segunda de la oración. Esta última es la que aquí se publica. Lo escribe la Madre ya en Santiago, en plena madurez de su itinerario y experiencia espiritual. Es una obra estructurada, organizada según un plan que se va llevando hasta el término. El alma camina en él a través de los períodos —división cualitativa— clásicos de la purificación, iluminación y unión, que la Madre Antonia viene a hacer paralelos, como otros muchos autores espirituales hacen, con los tres grados de principiantes, proficientes y perfectos —división cuantitativa—. Y se estudia la oración propia de cada uno de los momentos. Oración discursiva (imaginaria, intelectual, afectiva) para el primero. Oración contemplativa activa para el segundo. Oración contemplativa infusa para el último.

La Madre domina la materia con gran maestría y seguridad doctrinal. No en vano la influencia constante de los santos reformadores, Teresa y Juan, se acusan en todo momento. Quiere decir que la autora está dentro de la tradición viviente del Carmelo Descalzo. Pero esto no significa que la obra sea una adaptación (menos valiosa por supuesto) del Camino de Perfección y Las Moradas. Es obra original, hecha desde la experiencia personal y desde diversas influencias externas, aunque siempre a la luz de la doctrina teresiana que, como buena hija, la madre Antonia había asimilado muy bien.

Aunque es obra de una galleguita y del siglo XVIII, el castellano y el estilo son dignos, sencillos, fluidos. Este último es frecuentemente difuso. En conjunto, más cuidado que el de Santa Teresa. Pero mucho menos espontáneo, viviente, elegante, genial que el de la incomparable Reformadora.

En suma, que tenemos en esta obra un testimonio de valor de la espiritualidad cristiana en España, tanto más de apreciar cuanto que responde a una hora de sequía y escasez en la producción literaria de la misma. El P. Isidoro se ha hecho benemérito por haberlo editado y presentado con tanta perfección.

VI

FRAY HERNANDO DE TALAVERA, O. S. H., *Católica impugnación*; estudio preliminar de Francisco Márquez. Edición y notas de Francisco Martín Hernández; 1961; XIII-244 pp.

Por Hernando de Talavera confieso que siento debilidad admirativa. Me parece uno de esos hombres proféticos, que es imposible entendiera su tiempo. Es natural que tuviese entonces «mala prensa». El vivía con delantera de siglos a sus contemporáneos. Es la gran figura de la pre-reforma en España, y quizá también de fuera. El gran pionero. Más parece un obispo de los tiempos del Vaticano II, y de los avanzados. Pero lo que no acabo de entender es que siga en olvido. Se comprende que entonces otros, como Cisneros, le eclipsasen. Su sencillez, su dulzura, sus criterios y sus procedimientos pastorales, su condición de converso, quizá la misma de Jerónimo..., es decir, todas las circunstancias, lo explican. Pero que el olvido le siga acompañando, que no haya todavía una monografía sobre el mismo, es inexplicable...

Pero algunos trabajos parciales se van haciendo en torno al mismo, que, confiamos, irán preparando el estudio definitivo.

Ahora se nos ofrece una obra de Talavera prácticamente desconocida,

pues, aunque impresa, no hay conocido más que un ejemplar de la edición, conservado en la Vallicellana de Roma, «Incunable, rarísimo y único. En España no existe otro ejemplar. No ha sido nuevamente publicado». D. Francisco Martín, competente profesor de Historia Eclesiástica en la Universidad de Salamanca, se ha encargado de la presente cuidada edición. La *Católica impugnación* es un libro escrito en contra de un libelo de un jadaizante sevillano. La escribió en 1481. Y es del máximo interés porque es un documento que plantea al vivo toda la problemática inmensa del asunto de los judíos, de los conversos, de la inquisición inicial en España... Todo un mundo alucinante, apasionante, complejísimo, de tragedias, de dramas humanos, de luchas religiosas, de racismo al rojo... Talavera «tenía razón», pero era un alma nobilísima que sabía dar a cada cual lo suyo. Por eso en su libro, pone los puntos sobre las íes con serenidad y equilibrio humano y cristiano. Evidente que no está de acuerdo con los procedimientos de la inquisición ni lo estaría nunca. El «alfaquí» santo de los moriscos, el arzobispo santo de los cristianos, que quiere siempre persuadir por razones «teológicas» y por amor, no podía pensar y sentir de otra manera. Pero ciertos remedios jurídicos y discretos también hacen a veces falta. Esa sensibilidad se refleja en su obra. Algo que debía encontrar eco en el alma exquisita de su dirigida, la santa reina Isabel. Cuando ésta desaparece, Hernando de Talavera queda en desamparo... Un desamparo que todavía acompaña a su lejano y leve recuerdo...

Pero decía que el libro de Talavera pone sobre el tapete el problema todo de los judíos, de los conversos en España en aquella hora crucial de finales del siglo xv. D. Francisco Márquez, joven y ya indiscutido valioso investigador, nos traza un esbozo estupendo en la introducción a este libro talaveriano. En él resume y prolonga y completa muchas de sus sugerencias y afirmaciones hechas antes en su obra sobre el poeta Juan Alvarez Gato (Madrid, 1960). Es verdad, que algunas de sus indicaciones apenas pasan de sospechas y de hipótesis, pero otras son firmes y están documentadas, y el conjunto tiene una luminosa fuerza que se impone. Sobre esas adquisiciones y esas pistas había que seguir trabajando a fin de esclarecer aquel ambiente enredado y turbio, en el cual emerge la figura de Talavera con una grandeza extraordinaria y única, que parece serenarlo todo... ¿No querrá el Sr. Márquez, que demuestra una extraordinaria preparación para ello, seguir ese filón tan rico, tan prometedor, tan importante para la historia de toda nuestra espiritualidad del siglo xvi? Esa espiritualidad que se matiza con influencias vivas, psicológicas, quizá hasta doctrinales a veces, judías y musulmanas, dado que muchos de los hombres que vivían esa espiritualidad, biológicamente tenía solera, llevaban sangre para sentir su impacto.

Este libro espléndido abre el apetito y el deseo de más...

VII

DÑA. MARIA VELA Y CUETO, *Autobiografía y Libro de las Mercedes*; introducción y edición de Olegario González Hernández; 1961. VII-404 pp.

Este volumen es por su tema menos trascendente. No se edita en él ningún texto clave para la historia de la espiritualidad. Pero es sumamente curioso. Y es una anécdota, una de las innumerables anécdotas, que denotan el clima denso y cargado de la piedad de aquellos tiempos.

En él se publican por vez primera la *Autobiografía y El Libro de las Mercedes* de María Vela, una monja bernarda del monasterio de Santa Ana de Avila. Nació junto a Avila, en Cardeñosa, en 1561, y muere en el citado monasterio en 1617. Su vida externa no tiene más horizontes. Pero su vida interior fue abundosísima en fenómenos extraordinarios. Sus virtudes, según se traslucen en sus escritos, y en los testimonios de sus contemporáneos, fueron indiscutibles. Pero las visiones, locuciones, persecuciones extrañas aparentemente diabólicas, etc., dieron lugar a innumerables discusiones y exámenes de la monja por parte de superiores, directores, y hasta de la misma Inquisición. Con unas cosas y otras hubo de padecer un verdadero martirio que contribuyó sin duda espléndidamente a hacerla más santa. Hoy puede seguir discutiéndose aún sobre el «espíritu» que explicase dichos fenómenos. Aunque la solución, que el mismo editor de estos escritos apunta, está seguramente en la sicología anormal de la sierva de Dios, provocada por una enfermedad nerviosa de síndrome quizá difícil ahora de precisar. Todo esto compatible con la virtud, repito, incuestionable de la monjita.

El hecho es que ahí están los escritos. El *libro de las Mercedes* es una especie de diario espiritual. La *autobiografía* es un relato seguido de su vida espiritual desde los comienzos de su vida religiosa, hecho sobre la lista de los directores que fue teniendo, que la sirve como de falsilla para su trazado. Pero es interesante encontrar en estos escritos personales, y hasta molestos a ratos, páginas bellísimas, en las que la venerable habla de los misterios del cristianismo con una maestría realmente impresionante. Sería necesario aquilatar las influencias que en ella ejercieron directores y lecturas para saber hasta qué punto era a ellas deudora. Pero, fuesen las que fuesen, aunque no sea más que para asimilar y recrear las enseñanzas recibidas, dichas páginas denotan una inteligencia, y, si se quiere, una sabiduría sobrenatural, no vulgar, sino penetrante y viva. Desde luego, los escritos son auténticos, pues los autógrafos de los mismos de mano de María Vela se conservan en el archivo monacal.

D. Olegario González, joven y docto profesor del Seminario de Avila,

es el editor y presentador de aquéllos. Su larga introducción es una brillante y erudita ambientación del caso María Vela. Para ello D. Olegario nos traza primero, con pinceladas valientes y coloristas, el cuadro del Avila del xvi al xvii. Alto lugar de la mística, hoguera espiritual de Castilla, que llenan las figuras incomparables de Teresa de Jesús y de Juan de la Cruz. Pero es todo un mundo el que se agita en torno a ellas. El esbozo de D. Olegario pone al vivo el deseo de que alguien haga pronto la obra definitiva acerca de ese foco de vida espiritual que fue la ciudad de las murallas. Luego de contarnos la vida de la venerable, con las peripecias de directores y dirección atormentando a la pobre religiosa, nos introduce en la clausura de Santa Ana a través de su historia y de los vientos reformistas que corren en ella por los días de nuestra María Vela. Viene después el perfil psicológico de la misma, con los intentos discretos de valorarla. Son páginas que rozan problemas delicados, pero que delatan la serenidad y equilibrio de quien las escribió. Después de indicar las fuentes y presentar los escritos, dedica un apartado al último director y biógrafo de la venerable, Miguel González Vaquero, figura interesante, muy típica de aquel momento espiritual, que ya declina rápidamente hacia una piedad morbosa, cada vez más tentada por la sicosis colectiva de lo devocional y de lo maravilloso. Su biografía: *La mujer fuerte*, fue uno de los libros más leídos en el xvi, como lo proclaman las numerosas ediciones que de él se hicieron y el largo influjo que ejerció hasta en América.

El caso de María Vela al ser presentado en este precioso libro de la colección *Espirituales españoles* desborda su pequeñez, crece en interés, y sirve para ilustrar vivamente el conjunto de la historia de la espiritualidad.

VIII

JUAN BERNAL DIAZ DE LUCO. *Soliloquio y carta desde Trento*; introducción y edición de Tomás Marín Martínez. 1962; VI-210. pp.

Juan Bernal Díaz de Luco, es otro casi desconocido que se va redimiendo del olvido. Por obra y gracia principalísimamente de D. Tomás Marín, especializado en su conocimiento y estudio. Dada su preparación y su competencia ha caído nuestro héroe en buenas manos. Esperamos que D. Tomás nos dé la obra completa y definitiva sobre Luco. Entretanto aquí nos facilita hoy el acceso a dos de sus obras, previamente presentadas con una introducción sobre el autor y su producción literaria.

Es interesante la figura de Luco porque es típica de su tiempo: primera mitad del siglo xvi. Hombre inquieto y preocupado, que se forma al so-

caire del cardenal Tavera (otro personaje de transición), y que, obispo de Calahorra, padre de Trento, siente las exigencias de aquella evolución que empuja por todas parte, y trata de responder a la misma, sin que quizá en todos los detalles llegase a la meta. Pero esto indica que el personaje no era anodino, sino un espíritu perspicaz y deseoso, que contribuyó evidentemente a la empinación general. Su amistad con los jesuitas, con S. Ignacio en concreto, es un dato interesante que asegura por sí solo de la preocupación que sacudía su alma.

Aunque jurista por formación y por quehaceres religiosos y políticos, J. B. de Luco escribió de temas pastorales y espirituales. Su conciencia viva de obispo le llevó a ello. Es una figura insigne de obispo reformador, de obispo «pastor», que es producto repetido en la época del renacimiento con sus afanes de reforma. Los historiadores de la pastoral serán injustos en no recordarle.

Escribió bastante. De temas estrictamente jurídicos, hoy menos interesantes. De temas pastorales y de temas más generalmente espirituales. Su *Instrucción de Prelados*, el *Colloquium elegans*, la *Epistola* a Fonseca, arzobispo de Toledo, el *Aviso de curas*, la *Doctrina y amonestación caritativa* sobre la limosna, etc. La *Instrucción de preladados* y el *Aviso de curas*, son del máximo interés histórico para valorar los esfuerzos de superación y las raíces de los males que se trataban de curar por aquellas calendas.

En este volumen se publican el *Soliloquio* y la *Carta de Trento*.

El *Soliloquio* es un tratado breve de vida y perfección cristiana, que parece escribió antes de ser obispo, un poco como desahogo personal, y que tiene validez para toda clase de cristianos. El tono y estilo se inspiran en los soliloquios agustinianos, pero la fuerza de unos y otros es evidentemente distinta. Se imprimió en Burgos en 1541 y de nuevo en Alcalá en 1553. Es una espiritualidad según el gusto de su tiempo: más bien moralista, y a base de la perspectiva que proyecta en nuestro vivir temporal la consideración de los novísimos. Pero a la par sin perder de vista las grandes dimensiones del misterio de nuestra salud, que se fundan en los planes creadores y redentores de Dios sobre el hombre. Luco era un hombre de la mejor fibra que produjo la renovación de los estudios en el siglo xvi.

La *Carta desde Trento* es un curioso modelo de preocupación pastoral, no frecuente en su tiempo. Luco está allí, ausente de su Diócesis de 1546 a 1552. Y en 1549 escribe para sus diocesanos esta carta «pastoral», práctica y sencilla. Es un conglomerado de consejos sobre la vida cristiana, unos elementales y otros de más vuelo, a fin de mantener y avivar en ellos su vida espiritual. Se imprimió en Alcalá juntamente con el *Soliloquio* en 1553, y ahora de nuevo para recreo y solaz de todos los interesados por

conocer la evolución de las ideas y de las realizaciones prácticas en aquel siglo tremendo del «renacimiento» español.

Particularmente los preocupados por la historia de la reforma clerical y episcopal tienen en los escritos de Luco —que aquí no se editan precisamente— un filón nada despreciable que no se puede preterir jamás. Mentalidad funcional la suya, como la de todos sus contemporáneos, pero, aunque incompleta, verdadera, y que fue de gran alcance en todas las tareas de formación y de estructuración de una espiritualidad sacerdotal a lo largo de los siglos. D. Tomás Marin nos hace en su introducción un resumen de todo ello, que nos hace desear y pedirle una vez más el estudio completo de Luco, y los textos, al menos principales, de su rica producción pastoral.

IX

FRAY LUIS DE GRANADA, O. P. *Historia de sor María de la Visitación y Sermón de las caídas públicas*. Estudio preliminar de Alvaro Huerga, O. P. Prólogo de Sister John Emmanuel Schuyler, S. S. J. Edición de Bernardo Velado Graña. 1962, X-414. pp.

¡Qué volumen de *Espirituales españoles* más incitante! Casi, o sin casi, una novela de asunto trágico-cómico, y encima espiritual... Se trata del conocido caso de María de la Visitación, «la monja de Lisboa». Realmente es un episodio epigonal, con ribetes políticos para hacerle más humano, pero sin trascendencia en el proceso íntimo y fuerte de la espiritualidad. Pudo con todo ayudar a desacreditar o a poner más en alerta a ciertos espíritus en algunas ocasiones. Pero no sirvió mucho para frenar el afán de lo extraordinario, que siguió creciendo. Quizá su misma escandalosidad le hizo menos apto para ello. Era un caso límite. Pero apasionante en extremo. En torno a él se citan nombres los más egregios de sus días: Granada, Ribera, Felipe II, Fabri, Cuevas, Gracián, María de San José, etc.

Estamos ya a finales del xvi. Quiere decir que el ritmo espiritual está en su cumbre, y en seguida empezará a descender. Es la hora de la Invenible vencida... Todo se junta. Lo humano es complejo, pero irremediabilmente involucrado entre sí. La existencia concreta no son las «formalitates» abstractas, desmontadas por nosotros seccionando a la viva realidad. Pero dejémonos de reflexiones. Presentemos sencillamente el volumen presente.

La introducción es del P. Huerga. Por consiguiente, una verdadera delicia para el espíritu. Como siempre, Huerga es aquí competente, exhaus-

tivo, encantador de estilo. La historia de la monja con todas sus incidencias, perfectamente documentadas. Principalmente atiende a la intervención de Granada en el asunto. Con todo ¿no se podría bucear algo más en el aspecto político del asunto? ¿No habrá más documentación (S^{ta} mancas, Tombo...) acerca de ello? Y en el mismo apaño de la supercheria ¿no cabe apurar más a fin de explicar tanta estupidez y ceguera en torno? ¿No existiría una amplia complicidad en muchos y muchas para ello? Pues parece imposible que tanta comedia se pudiese sostener como se sostuvo. Y no lo digo por Fr. Luis que era todo bondad y estaba ciego. Y ¿no se podrían aventurar algunas explicaciones psicológicas que aclarasen algo ciertas actitudes? Son preguntas que hago con la mayor modestia posible, sin saber apenas si se pueden contestar. Pero repito, el estudio preliminar es en conjunto magnífico. Y la documentación en que se apoya es impresionante. Un estudio tan completo jamás se había hecho nunca de este asunto tan ruidoso y pintoresco.

Sigue luego un prólogo de S^{ta} John Schuyler, ssj., sobre fray Luis hagiógrafo. Son páginas delicadas, femeninas, que nos vienen de lejos, llenas de devoción a fray Luis, y de conocimiento penetrante de su literatura. En las biografías granadinas (en especial si se quiere en la de sor María de la Visitación) hay que distinguir al historiador, al místico y al literato. En todo es eminente Granada. El historiador lo es en las circunstancias de su tiempo. No le exijamos la crítica y las técnicas de hoy. En el caso de la monja de Lisboa su equivocación fue algo de base que explican en parte su edad, su bondad innata, las circunstancias ambientales. Pero fray Luis en sus biografías hace doctrina. Y allí aparece siempre el hombre espiritual, el místico, el santo... Sus tesis son magníficas y seguras. Y además envueltas en un lenguaje y un estilo que sigue siendo soberbio, sencillamente de fray Luis de Granada.

Y luego se edita la vida de sor María y que él fue escribiendo a partir de 1585 hasta que se desveló el grande engaño. Estaba inédita. Ningún editor de Granada se había atrevido a publicarla. Ahora lo hace, con gran cuidado y acierto, D. Bernardo Velado. A través de esas páginas, cinceladas y unguidas, que una mujer falsa provocó, está todo entero Granada, el Granada dorado del atardecer, todo suavidad, todo espíritu, toda doctrina hecha vida. Como apéndice se publica de nuevo —se hizo varias veces desde la primera vez en 1588—, su *Sermón contra los escándalos en las caídas públicas*, que él dicta al pie de la eternidad al descubrirse la indigna farsa. Aquel golpe humillante para él, y que él recibe como la última misericordia de Dios sobre su vida, nos regaló esta bellísima síntesis de todo su mensaje, este su testamento espiritual y literario, como dice su actual editor.

Este volumen es en definitiva un monumento más en honor de fray

Luis, en el que han puesto varios sus manos fervorosas y habilísimas. ¿No habrá algún Papa que quisiera sin más canonizar a este hombre incomparable, indiscutible, todo santidad?

X

MAESTRO JUAN DE AVILA, *Avisos y reglas cristianas sobre aquel verso de David: Audi, Filia*. Introducción y edición de Luis Sala Balust. Apéndices con textos de Pedro Fernández de Córdoba, Juan de la Peña, O. P. (Presentado por J. I. Tellechea Idígoras), Juan de Avila. 1963. XII-347 pp.

Este volumen es joya entre las joyas de la colección. Todos los amigos de Juan de Avila le esperábamos como agua en mayo. Desde que hace lustros sabíamos que Sala Balust había tenido fortuna de encontrar la primera edición del *Audi, Filia* en la Biblioteca Nacional de Lisboa (después halló otro en la de Evora; Portugal fue el puerto de salvación de muchos libros proscritos por la Inquisición española), teníamos verdaderas ansias de poder manejarlo. Ciertamente que hubo antes una versión francesa, facilitada por el mismo Sala. Pero no el texto original. Y ahora, antes de que se publique en el volumen tercero de la edición crítica del Beato que edita la BAC, nos lo adelanta la colección *Espirituales españoles*.

Presentar a Juan de Avila sería una ridiculez suma. En la España reformista del xvi es la gran figura por encima de todas en cuanto a iniciativas, a influencia, a acción. Ni lo comenzó todo (el primerísimo es Talavera), ni lo hizo todo. En cuanto a sus escritos evidentemente no tiene el valor eterno de otros escritores, pongo por ejemplo: S. Juan de la Cruz. Pero de momento su practicidad fue incomparablemente más importante que la del desconocido carmelita. Es decir, Juan de Avila fue en su hora histórica en cuanto a acción y a realizaciones un hombre de primerísima fila. Su influencia, como ocurre con todos los «activistas» y todos los «culturalistas» (de éstos últimos sea un ejemplo Lacordaire en el siglo pasado o Guardini en el actual) es después efímera, más bien un recuerdo histórico que una presencia. No ocurre así con los pensadores hondos y geniales, como Juan de la Cruz, que resultan eternos, aunque quizá pasen inadvertidos en sus días temporales. Pero ciertamente, en el centro de aquel siglo, con sus inquietudes, y sus tempestades, con sus aciertos y sus fracasos, emerge y lo centra todo Juan de Avila. Una historia completa de su vida con sus antecedentes y sus influencias es la historia de la España espiritual del siglo xvi.

El profesor Sala Balust es y será para siempre el gran avilista. Su edición crítica de las obras del venerable maestro, aún sin terminar, en la editorial BAC, es el monumento más grande que se le ha erigido. Y que, fuera quizá de detalles posteriores, será irreformable. Con su fina sagacidad de investigador ha ido descubriendo inéditos e inéditos avilinos, restableciendo textos dudosos o mendaces, ambientándolo todo. Esperamos con fiebre la culminación de su obra monumental. Y le agradecemos que nos haya en este volumen adelantado el *Audi, Filia*, la obra más elaborada de Avila, en su primera edición.

Sabido es que la edición de Alcalá de 1556 fue incluida en el índice de libros prohibidos de Valdés en 1559. Fue un golpe duro para el pobre Avila. Parece que la edición se hizo a espaldas suyas. Pero era obra suya. El entonces comenzó a preparar otra, corregida y aumentada. Cuando muere en 1569, aún no se ha publicado. La edición definitiva la harán sus discípulos en 1574. Entretanto desaparecen los ejemplares de la primera edición. La Inquisición era temible. Cuatro siglos después podemos tener de nuevo entre las manos aquella edición primera, más imperfecta en conjunto si se quiere, pero más fresca y viva. Y, lo que sospechábamos los que habíamos estudiado despacio el texto de 1574, las principales diferencias giran en torno a problemas de la justificación, pues no en vano entre las dos ediciones está Trento. Téngase en cuenta, y Sala Balust lo estudia con todo detalle posible, que la redacción primitiva con sus diversas adiciones se hace mucho antes de la primera etapa misma del Concilio. Tal cual estaba salió en 1556 sin que Avila la revisase y diese la última mano. Después, tras el amargo trance, y con las precisiones que el Concilio aportó, Juan de Avila la perfila y ajusta y amplía hasta darnos el texto conocido hasta hoy.

¿Habría algo objetivamente reprochable en el texto primero? Yo no lo encuentro. Según la técnica teológica de Trento era necesario en adelante precisar desde luego. Seguramente también el tono amplio, irénico, la insistencia en el «beneficio» de Cristo (tan de 1500 a 1550, tan valdesiano, tan erasmiano, tan...), en cierta pasividad en la vida espiritual, en el acento de confianza y optimismo..., pudiera ser peligroso en aquellos tiempos explosivos, pero, trascendiendo las circunstancias, era perfecto y hoy se dicen cosas más fuertes en su misma línea sin la menor dificultad. ¿Qué hubiera sido de Santa Teresita en el siglo XVI?

Sala nos ha hecho un gran favor. Su introducción con la historia del *Audi, Filia*, sus notas, todo..., es de mano maestra. Además nos añade en apéndice, las notas acerca de Dña. Sancha Carrillo a quien Avila dedicó el *Audi Filia*, de D. Pedro y F. de Córdoba, hermano de ella, que él, Sala, ha encontrado en la Biblioteca de la Hispanic Society de New York. También se publica por cuenta de D. J. Ignacio Tellechea, el gran histo-

riador de Carranza, una censura inédita, que parece de Juan de la Peña, O. P., sobre el texto primero del Audi Filia, y cuyas notas se tuvieron en cuenta en la redacción definitiva.

En una palabra, repito, este volumen es una verdadera joya entre las joyas de la colección.

XI

PABLO DE LEÓN, O. P., *Guía del cielo*. Estudio preliminar y edición de Vicente Beltrán de Heredia, O. P.; 1963; XVIII-628 pp.

Decir que este tomo lo edita y lo presente el P. Beltrán de Heredia, O.P. es suficiente para a priori alabarlo. Porque es indiscutible que entre los beneméritos historiadores de la espiritualidad española ocupa uno de los primeros puestos, por pionero y competente, el P. Beltrán. La historia de la espiritualidad, y de la teología en general, le son deudores en grado sumo entre nosotros. Y para valorar su esfuerzo hay que darse cuenta de que hace ya decenios que el P. Beltrán trabaja en primera línea. Hoy hay infinitamente más medios, más explorados caminos, más ambiente, sin comparación...

Ya antes había él trabajado acerca de Pablo de León. Pero ahora nos entrega los resultados más maduros sobre el personaje y su obra. Hay que distinguir dos Pablos de León, uno algo más viejo y otro más joven. El *senior* es el que parece ser misionero celoso en las Vascongadas, Asturias, y León, Jaca... Prior de Toro en varias ocasiones. Y antes maestro por Roma. Y además fundador del convento dominicano de Oviedo. Y autor de la *Guía*. El *junior* parece que fue «comunero», y su nombre desaparece pronto al quedar seguramente comprometido por aquella aventura política y social. El P. Beltrán se debate con dificultades de falta de documentación para distinguir a uno del otro, y para atribuir a cada cual lo suyo. Pero mérito insigne suyo es el haber descubierto que eran dos, y seguramente, de no haber nuevos descubrimientos inesperados, las líneas generales de la historia de cada uno quedan con la máxima probabilidad trazadas.

La atribución al Pablo de León *senior* de la *Guía del cielo*, se hace a base de criterios internos y externos. El conjunto ofrece una suma de probabilidades que dan seguridad.

El libro se publicó en Alcalá en 1553, años después de muerto su autor. No ha tenido nuevas ediciones hasta hoy. En una Summa de Teología moral, hecha a base de la *Secunda secundae de la Summa de Santo Tomás* principalmente, aunque utiliza también mucho la *Summa vitiorum et vir-*

tutum de Guillermo Pey Yeyraut, O. P. (Peraldo) del siglo XIII. Obra moralizante, escrita con estilo nervioso y directo. Se siente al misionero rural, que con aliento profético y sin melindres, trata de sacudir a quienes habla o le lean. El libro debió ser reeditado hacia 1525, en algún respiro de su mucho quehacer de predicador y superior. Estamos, pues, en aquellos años en que los afanes de reforma pululan por doquier. La necesidad de la misma era urgentísima. Se comprende que los escritos surgieran hirientes por todas partes. Y que el modo fuera en gran manera áspero y violento, dado lo terrible del mal, y la rudeza medioeval aún no superada por las formas renacentistas. Savonarola, Lutero, los humanistas más elegantes en general, los santos, etc. Pablo de León es de su tiempo. Con su celo, sincero y abierto, habla claro a los de arriba y a los de abajo. Por esto su libro es interesantísimo como documento de su época, época de libertad todavía, de gestación de tiempos nuevos, de crisis que adquiere conciencia de sí misma. Hoy no es un libro que sirva para lectura espiritual. Pero no es esa la finalidad de esta colección, sino la de ofrecer materiales de estudio para el historiador. El P. Beltrán de Heredia con esta edición nos ha prestado así un servicio estupendo, y nos ha adelantado un capítulo más de esa larga y difícil historia general de la espiritualidad en España.

XII

FRAY DOMINGO DE VALTANAS, O. P., *Apología* sobre ciertas materias morales en que hay opinión y *Apología* de la comunión frecuente; estudio preliminar y edición de Alvaro Huerga, O. P. y Pedro Sáinz Rodríguez; 1963; VII-214 pp.

Domingo de Valtanás, O. P., otro nombre crucial, significativo de aquella mitad del tremendo siglo XVI. Bataillon, Sáinz Rodríguez, Huerga, nos lo han dado a conocer, sacándole de su prisión de Alcalá de los Gazules, donde en 1568 muere penitenciado y despreciado.

Como es muy humano y explicable, en la crisis religiosa de entonces se dibujan dos tendencias: una más abierta, más liberal, que quiere la reforma por caminos de paz, de persuasión, de vida interior, de caridad; otra más conservadora, más fácil a condenar, a separar rigidamente, temerosa del contagio del error. Durante la primera mitad del siglo ambas tendencias se agitan con cierta libertad de movimientos y se entrecruzan a veces. Pero, como antes ya dijimos, hacia mediados, el perfil de ambas se acentúa. Y la tendencia integrista se impone decididamente. La Inquisición fue dueña y señora: Es la hora en que los dramas per-

sonales de algunos hombres, beneméritos y hasta santos, junto con otros que no lo fueron, se viven a plena luz. El proceso de Carranza es el gran exponente.

Valtanás está ahí. Es de los «espirituales», de los lanzados, de los que fueron víctimas. Hijo de Villanueva del Arzobispo, profesor, predicador en seguida, amigo de Juan de Avila, fundador de conventos, director muy apreciado de gente espiritual (monjas, señoras de la nobleza, que son sus mecenas para sus publicaciones literarias), escritor fecundo y variado, procesado por la Inquisición, condenado... No conocemos el proceso informativo, y por los datos que nos quedan a través de la sentencia, etc., nada claro se deduce.

Lo que sí sabemos es que Valtanás es de los reformadores abiertos, de los que defienden y propagan la práctica de la oración mental, de la comunión frecuente, de los que condenan sin miedo a los obispos no pastores, de los que se alzan contra las medidas discriminatorias entre cristianos nuevos y viejos, de los que vulgarizan en romance la Teología y la Escritura, de los que aman y ayudan a la naciente Compañía de Jesús... No perdamos de vista que son los años triunfales de Valdés y de Cano, enemigos de casi todo aquello, y dueños de la situación. El momento crítico en que se asfixian en el humo de las hogueras los nidos luteranizantes de Valladolid y de Sevilla, etc. Todo se comprende. Valtanás desaparece(su proceso dura de 1561 al 63) en medio de aquellos ruidos. Y con él su obra literaria, que queda olvidada.

Pero se comprende el interés de esta figura y de sus escritos. El padre Huerga —¡incansable!— que ya de antes nos venía escribiendo y publicando sobre Valtanás, nos da en este volumen el resumen de sus hallazgos investigadores. Y nos edita las *Apologías* que aquél escribió para defender sus tesis queridas, y que por eso, hoy, para la historia, son como el índice fronterizo de las principales cuestiones que entonces se discutieron, y dividieron entre sí a los hombres.

Un largo estudio introductorio; el elenco después de los escritos valtanasianos con la indicación en lo posible de sus ediciones; análisis luego de la doctrina, del estilo, etc., de Valtanás.

Finalmente la edición de las *Apologías*. La primera titulada: *Sobre ciertas cuestiones morales en que hay opinión (oración mental, méritos, juramentos, alguazilazgos, comer de la manteca, huevos en viernes, cuándo expiró nuestro Redentor, de los linajes, de alabanza, de la residencia de los Obispos en sus iglesias, de los juegos, de la Compañía de Jesús, de la simonía)*. (Subrayo las que hoy son interesantes). La segunda trata: *De la frecuentación de la sacrosanta Eucaristía y comunión*. En ella defiende, con mucha más amplitud que Juan de Avila, que hasta parece aludir contra él en algunos textos de sus cartas, la frecuentación de la

Eucaristía. Valtanás tenía razón. Pero, ¡la inmensa mayoría de sus contemporáneos no le podían comprender...! La condición temporal del hombre lo explica todo. Paz a unos y a otros. Sobre todos y todo está, eterno y misericordioso, nuestro Padre Dios.

Por lo que aquí hemos intentado brevemente revelar puede sospecharse la riqueza de la presente colección. Con toda sinceridad no puedo menos de elogiarla calurosamente. Por supuesto, que en las introducciones históricas y juicios que se hacen en las mismas podrá haber discrepancia en algunos detalles y aspectos, y con el tiempo podrán algunas ser completas y mejoradas ante nuevos descubrimientos y datos posibles. Los mismos editores lo indican a veces con sencillez. Pero tal como están son todas magníficas. Y el nuevo catálogo que anuncia los volúmenes en impresión y en preparación es realmente fascinador, y como para abrir el apetito a cualquiera interesado en estos temas. Esperamos impacientes la continuación. Y damos las gracias una vez más al editor D. Juan Flors y a los directores D. Pedro Sáinz Rodríguez y a D. Luis Sala Balust por esta valiosa y valiente y ya lograda empresa cultural.

.